

# Letras del Brasil (1)

## No. 6

### "MEMORIAS DE UN SARGENTO DE MILICIAS"

De Manuel Antonio de Almeida

Por Paúl RONAI

Este delicioso libro de Manuel Antonio de Almeida, auténtica joya de la literatura brasilera y que a pesar de los noventa años transcurridos desde su publicación no ha perdido nada de su frescura, es presentado en este volumen por primera vez al lector extranjero. En vano se buscará el nombre del autor en los manuales de literatura universal, pues en el Brasil mismo sólo después de muchos años se le ha rendido una merecida justicia. Razón de más para ofrecer aquí algunos datos esenciales que ayuden a situar exactamente al escritor y a su libro en su medio y en su época.

Es difícil asociar a la impresión dejada por esta agradable y magnífica obra, la del destino penoso y trágico de su autor. Porque tal fué la suerte de Manuel Antonio de Almeida, nacido en Río de Janeiro en 1831 y muerto en 1861 en un naufragio. La simple yuxtaposición de estas dos fechas es suficientemente expresiva; algunos datos biográficos que poseemos sirven complementariamente para otorgar colorido y dilatar la atmósfera del cuadro. Qué es lo que sucede en tan corto espacio de tiempo? Toda una vida en movimiento, una serie de agitadas luchas, de reveses y de rehabilitaciones, el desafío de una fuerte voluntad contra los golpes del destino, los esfuerzos de heroica ascensión de un **self made man**, despedazados por las circunstancias. De su infancia y primera juventud paupérrimas ignoramos casi todo, mas creemos poder reconstruirlas con la ayuda de las escenas, tan vivas, de la vida de su héroe, un muchacho lanzado por la fuerza de los hechos a las pintorescas calles de la indolente villa de provincia que era Río de Janeiro en esa época, pése a su carácter de residencia real y después imperial. Será suficiente con enumerar todas las carreras que el hombre ha luchado por **seguir**, para

---

(1) Para continuar la magnífica serie denominada "Letras Brasileiras", que desde hace algún tiempo mantiene en nuestra revista el insigne profesor húngaro Paúl Ronai, nos ha enviado esta vez la Introducción a LAS MEMORIAS DE UN SARGENTO DE MILICIAS, destinada a la versión francesa de la notable novela de Manuel Antonio de Almeida.

adivinarlos a él y a su medio. Estudiante de la Escuela de Bellas Artes y de la Facultad de Medicina, periodista y traductor, miembro fundador del Liceo de Artes y Oficios, Administrador de la Tipografía Nacional, Director de la Academia Imperial de la Opera Nacional, Manuel Antonio de Almeida, no había ciertamente intrigado una sede en la Asamblea Provincial, si sus ocupaciones sucesivas le hubieran asegurado una renta proporcionada al brillo con que estaban disfrazados sus títulos. Y justamente él se hallaba en camino hacia "su" circunscripción, cuando después de tantos naufragios que él había realizado en sentido figurado, pereció víctima de un naufragio en sentido propio, llenando de pesar al reducido número de amigos y dejando un mediocre libreto de ópera y algunas traducciones de novelas francesas de pacotilla a los investigadores y curiosos de su vida y **As Memorias de um Sargento de Milicias**, a su nación.

Al momento de su desaparición era completamente ignorado del público, porque la ópera sólo fue representada (y silbada) después de su muerte y en vida su novela había aparecido con el pseudónimo de **Um Brasileiro**. La multiplicidad de profesiones abrazadas por el escritor respondía sin duda a las condiciones particulares de su patria, país vasto y joven que naturalmente carecía de hombres preparados y en donde las vocaciones por ello mismo tenían que improvisarse. Mas debía emanar también de la versatilidad de su talento, de la curiosidad de su espíritu, de su valor para afrontar las dificultades, cualidades todas que se hallan visiblemente en sus **Memorias**. Para avaluar con justicia el mérito de este libro, es preciso recordar que él apareció en la época del romanticismo, de un romanticismo tropical, lírico y torrencial que tenía su pleno auge en el Brasil. En tal ambiente, las **Memorias**, con el tono desenvuelto del relato, el sabor picante de las conversaciones captadas a lo vivo y esta multitud de personajes robustos y vulgares encuadrados admirablemente en la más tangible de las realidades, bien pueden parecer el producto de otro siglo y de otro mundo. Y no es solamente en la literatura de su país en donde Manuel Antonio de Almeida carece de ancestros; la misma dificultad subsiste para asignarle una filiación en las letras universales. Entre sus compatriotas más calificados para expresar un concepto sobre su obra, está Manuel Bandeira que considera como una de sus principales cualidades la de su absoluta originalidad, cosa por demás rara en un país donde los movimientos literarios no fueron durante todo el siglo XIX más que un reflejo de Europa. Mario de Andrade, en un penetrante ensayo consagrado a las **Memorias**, las clasifica entre aquellas obras aisladas que se encuentran al margen de muchas literaturas, de escritores como Herondas, Apuleyo, Petronio, o Hurtado de Mendoza, el autor del **Lazarillo de Tormes**, todos feroces individualistas, que se burlaban de la plebe sin compartir su miseria. Este acercamiento es ingenioso y posee cierta verdad, pero no autoriza para representar a Manuel Antonio de Almeida como un tráfuga de las clases populares, que buscaba elevarse y renegar de su categoría social. Pues la sátira del

novelista no se ejerce únicamente a expensas de los humildes sino de todos sus personajes, sin excepción. La mayor parte de ellos, es verdad, no son del gran mundo, pero la naturaleza misma del tema no toleraba otra cosa.

Si durante largo tiempo nuestro autor fué desconocido en el Brasil (La monumental historia de la Literatura Brasileira de Sylvio Romero no le consagra más de una docena de líneas anodinas y hasta hoy no existe una edición correctamente revisada de las **Memorias**), desde hace algunos años él ha encontrado partidarios fervientes entre los intelectuales de su país, y los participantes en una reciente encuesta organizada por la **Revista Académica** de Río de Janeiro han situado su obra entre las mejores novelas brasileras. Se puede muy bien suscribir este juicio sin necesidad de reivindicar para Manuel Antonio de Almeida, como se ha hecho, una especie de prioridad en el dominio de la literatura realista. Flaubert, lo recuerdan, no había aún escrito **Madame Bovary** cuando se publicaron las **Memorias**. En este caso sería bueno recordar igualmente que en tal época hacía años que Balzac había muerto, después de realizar el más impotente monumento de realismo en su **Comedia Humana**, obra que Manuel Antonio de Almeida no tenía por qué ignorar. Mario de Andrade tiene perfecta razón al recalcar que la mera observación de detalles reales no constituye más que un aspecto del realismo europeo, realismo este que implica preocupaciones doctrinarias y estéticas de las cuales no se descubre ningún trazo en las **Memorias**.

Por su construcción y sus procedimientos, ellas se semeja más a la novela de costumbres del siglo XVIII, que a la novela realista del siglo XIX. La narración se sucede por movimientos bruscos, en pequeños capítulos casi independientes y más de una vez en rodeos y episodios, especialmente en la historia de cada nuevo personaje introducido en el curso de la novela. Su héroe, "a pesar de su debilidad de carácter y sus faltas, no pierde nunca la noción del bien y del mal. El también podría decir: No hago el bien que amo y odio el mal que hago. Pero lo que nos inquieta en él es ese exceso de docilidad con respecto a los hombres y a los acontecimientos; por sí mismo él no es nada, es siempre un cómplice, una sombra, un reflejo; él no actúa, es actuado; reconoce humildemente sus caídas, mas vuelve a **recaer** con toda facilidad. El representa esta humanidad media y mediocre que se deja conducir por la voluntad buena o mala de los demás, y sin ser un criminal, ni propiamente un hombre deshonesto, es de aquellas personas que no pueden inspirar ninguna confianza. Es también la encarnación de ese temperamento **neutro**, aparentemente artificial, evidente al final de la novela cuando él toma juicio de un sólo golpe y se convierte en una especie de patriarca". Este retrato que tan exactamente pueden aplicarse al joven Leonardo, lo hemos extractado de la Historia Ilustrada de la Literatura Francesa, de Ch. M. Des Granges y se refiere a Gil Blas, el héroe universalmente conocido. Es cierto que Gil Blas es más espi-

ritual, que su lejano primo; mas no debe olvidarse que su evolución se realizó en medio de una sociedad muy más compleja que la de aquel Río de Janeiro de principios del siglo XIX.

Desde la cuarta edición, ulterior a la muerte del autor, Las **Memorias** aparecen con el subtítulo de **Novela de Costumbres Brasileñas**, calificativo que el editor podía no estar autorizado para estampar, pero que en todo caso es exacto.

La comparación con **Gil Blas** hace resaltar algunos de los rasgos característicos de las **Memorias**. Primero sus defectos: la importancia a menudo muy reducida de la trama, una psicología absolutamente superficial y la defectuosa construcción. Esto último puede explicarse por las condiciones en las cuales la novela fue escrita: no solamente día por día, por capítulos destinados a llenar el folletín del próximo número del **Correio Mercantil**, sino en el ambiente bullicioso de una "república", es decir, de una pensión de estudiantes, según nos lo cuenta el Marqués Rebelo en su excelente biografía, aparecida recientemente, de Manuel Antonio de Almeida. Más de una vez el autor es sorprendido en flagrante delito de contradicción. La querida del padre de Leonardo que en la **Primera Parte** figura como sobrina de la comadrona, en la **Segunda Parte** aparece como hija de aquélla; de las tres primas de la hermosa Vidinha, al final de la historia no quedan sino dos, sin que la desaparición de la tercera sea explicada; la muchacha, cuyo rapto es imputado a José Manuel, figura como hija de una rica viuda, mas es por el testimonio del padre de aquélla como más tarde José Manuel es rehabilitado; en el último capítulo, el ujier restituye religiosamente la fortuna a Leonardo, a pesar de ciertas alusiones hechas precedentemente por el autor y que nos hacían entender lo contrario. El autor, por otra parte, anota ciertas imperfecciones y se excusa por ejemplo de la repetición de ciertos episodios. Toda la acción del libro podría reducirse a la continuación de un solo esquema, a saber: una travesura del héroe, la amenaza de un severo castigo, la intervención de protectores y el perdón final.

Mas para volver a nuestra comparación, mientras que el escenario de **Gil Blas** no tiene de España más que el nombre, el de las **Memorias** es un Río de Janeiro real, vivo, exactamente delimitado en el espacio y en el tiempo, con su multitud abigarrada de gentes humildes: ujieres, comadronas, beatas, granaderos, farsantes, holgazanes y sacristanes; con sus blancos, sus mulatos y sus negros, que poblaban las calles de la pequeña villa y sus casas sin comodidades, donde se evidenciaba un gusto ingenuo y se mantenían curiosas supersticiones, al mismo tiempo que costumbres simplísimas y una cordial indiferencia. Todos estos personajes, como lo ha dicho con sagacidad Astrogildo Pereira, son de tal modo típicos que la mayor parte de ellos no se mencionan por su nombre y son simplemente designados como "el barbero", "la comadrona", "el maestro de oraciones", etc., detalle que confirma más aún la autenticidad de todo el cuadro.

El autor compuso su pequeña obra con la preocupación evidente de perpetuar los vestigios de la antigua vida **carioca**, a tal punto que él excusa sus defectos de novelista por sus gustos de anticuario: la repetición de situaciones y episodios, por el desvelo de una reproducción exacta de las costumbres antiguas. Sus descripciones, tanto como sus retratos, son hechos con una manifiesta intención documental. El nos introduce, por ejemplo, en un salón y anota: "Este salón era semejante al que poseían todas las mansiones ricas de aquella época; por ello lo hemos descrito".

Mas como se preocupa de no caer en las exageraciones del romanticismo, que lamenta siempre lo pasado, explica su interés por los viejos tiempos de una manera harto inatendible; alegando continuamente que si él evoca las antiguas costumbres es sólo para probar que ellas no eran superiores a las nuevas. Explicación singular con la cual no podemos dejarnos engañar; el pretendido anti-romanticismo de Manuel Antonio de Almeida no se dirige más que contra los ultra-románticos. El tiene mucha ternura por el pasado y por las tradiciones, por ridículas que ellas puedan ser algunas veces. Deja también escapar aquí y allá pequeñas observaciones sospechas de herejía, como aquella donde reivindica a las hijas el derecho de escoger un marido en lugar de aceptar aquél que sus padres le indiquen, o aquella donde toma francamente el partido de la pequeña viuda que no llora la muerte de su antipático esposo. Pero evidentemente a estas veleidades disimuladas de romántico, se sobrepone una fuerte atmósfera cómica. Manuel Antonio de Almeida, que escribió un mal libreto de ópera, había escrito sin duda excelentes comedias, pues poseía en grado sumo el dón de explotar lo cómico de las situaciones y sobre todo al hacer hablar a sus personajes. Es de lamentar que una gran parte del sabor de sus espléndidos diálogos populares se pierda inevitablemente en la traducción. Es uno de los primeros escritores brasileiros que consintió en escribir en la lengua hablada en su país; sus ancestros, sus contemporáneos y al mismo tiempo la mayor parte de sus sucesores, se han propuesto mantener el lenguaje de Portugal como modelo. Consideradas desde este punto de vista las **Memorias** son una auténtica obra brasileira, epíteto que le cuadra aún más por la preciosa documentación que ofrecen al historiador de costumbres, al folklore, a la coreografía, al estudio de la música y de la arquitectura del país.

El título original de la obra ha dado lugar a muchas discusiones. Estas **Memorias** no son por ningún motivo las memorias del héroe; no solamente no son narradas en primera persona, sino que se suspenden justamente en el momento en que Leonardo se convierte en "sargento de la milicia". Ellas serían quizás las de un personaje real que suministró al autor muchos detalles y el sujeto mismo. Yo he preferido, para la traducción un título menos equívoco: **Cómo se deviene Sargento de la Milicia?** Título que corresponde también de alguna manera a la tendencia irónica del libro, pues el héroe se hace sargento de la milicia a pesar de toda suerte de hazañas que debían conducirlo lógicamente más bien a la prisión.

*Paúl Ronai*

En fin de cuentas **Las Memorias de un Sargento de Milicias** no son solamente una crónica encantadora de los viejos tiempos, sino un libro pleno de sugerencias para quien se interese por la historia de las literaturas y un verdadero tesoro para los curiosos de la historia de las costumbres y de todos esos detalles pintorescos cuyo conjunto forma el color local y confiere a un país o a una ciudad su atmósfera específica. Todos aquellos, en particular, que amen la espléndida metrópoli que ha venido a ser el Río de Janeiro de nuestros días—y para amarlo es suficiente haberlo conocido—leerá con jovial emoción estas evocaciones de su pasado ingenuo. En todo caso la inclusión de este libro en una serie de traducciones de obras brasileras, destinada al público extranjero, se justifica plenamente.

**Paúl Ronai**

(Tradujo L. R. del original francés, enviado especialmente para “Universidad Católica Bolivariana”).

